



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 10

CT 115 ÉTICA TEOLÓGICA

Lutero, Martín. “Libertad cristiana”. En *La locura de la cruz: la teología de Martín Lutero: textos originales e interpretaciones*, traducido por Martin Hoffmann, 152-156. San José: DEI, 2014.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Capítulo VII La ética de la Iglesia cristiana

[El tercer mandamiento]

25. Por este orden de las buenas obras rogamos en el padre nuestro. Lo primero que decimos es: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Son palabras de la primera obra de la fe, que conforme al primer mandamiento no duda de que tiene un Dios clemente y padre en los cielos. La segunda petición es: “Santificado sea tu nombre”. En ella la fe ansía que se glorifique el nombre, la alabanza y la honra de Dios y lo invoca en todas las necesidades, como reza el segundo mandamiento. La tercera parte es: “Venga a nosotros tu reino”. En ella rogamos por el verdadero sábado y día feriado, tranquilo reposo de nuestras obras, para que sólo la obra de Dios esté en nosotros y, por tanto, Dios gobierne en nosotros como en su propio reino. Así dice [Lc. 17.21]: “Tened en cuenta que el reino de Dios no está sino en vosotros mismos”. La cuarta oración: “Hágase tu voluntad”. En ella rogamos que observemos y cumplamos los siete mandamientos de la otra tabla, en los cuales también se ejercita la fe, esta vez respecto del prójimo. En cambio, en los primeros tres se ejercita sólo en obras referentes a Dios. Son las oraciones en las cuales figuran las palabras tú y tuyo, puesto que nada más tienden hacia lo que pertenece a Dios. Las otras dicen todas: nuestro, nos, etc., puesto que rogamos en ellas por nuestros bienes y nuestra bienaventuranza.

Tanto decimos de la primera tabla de Moisés en forma sucinta y sencilla señalando a la gente sencilla las supremas buenas obras.

Libertad cristiana

2) La libertad cristiana (1520)

(Obras I, 150-167/WA 7, 20-38)

1. A fin de que conozcamos a fondo lo que es el cristiano y sepamos en qué consiste la libertad que para él adquirió Cristo y de la cual le ha hecho donación –como tantas veces repite el apóstol Pablo– quisiera asentar estas dos afirmaciones:

El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie.

El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos.

2. Para poder entender ambas afirmaciones, de por sí contradictorias, sobre la libertad y la servidumbre, pensemos que todo cristiano posee una naturaleza espiritual y otra corporal.

La Locura de la Cruz - La Teología de Martín Lutero

Por el alma se llama al hombre espiritual, nuevo e interior; por la carne y la sangre, se lo llama corporal, viejo y externo. A causa de esta diferencia, también la Sagrada Escritura contiene aseveraciones directamente contradictorias acerca de la libertad y la servidumbre del cristiano.

3. Si examinamos al hombre interior, espiritual, a fin de ver qué necesita para ser y poder llamarse cristiano bueno y libre, hallaremos que ninguna cosa externa, sea cual fuere, lo hará libre, ni bueno, puesto que ni su bondad, ni su libertad ni por otra parte, su maldad ni servidumbre son corporales o externas. ¿De qué aprovecha al alma si el cuerpo es libre, vigoroso y sano, si come, bebe y vive a su antojo? O ¿qué daño puede causar al alma si el cuerpo anda sujeto, enfermo y débil, padeciendo hambre, sed y sufrimientos, aunque no lo quiera? Ninguna de estas cosas se allega tanto al alma como para poder libertarla o esclavizarla, hacerla buena o perversa.

4. De nada sirve al alma, asimismo, si el cuerpo se recubre de vestiduras sagradas, como hacen los sacerdotes y demás religiosos, ni tampoco si permanece en iglesias y otros lugares santificados, ni si sólo se ocupa en cosas sagradas: ni si hace oraciones de labios, ayuda, va en peregrinación y realiza, en fin, tantas buenas obras que eternamente puedan llevarse a cabo en el cuerpo y por medio de él. Algo completamente distinto ha de ser lo que aporte y dé al alma bondad y libertad, porque todo lo indicado, obras y actos, puede conocerlo y ponerlo en práctica también un hombre malo, impostor e hipócrita. Además, con ello no se engendra realmente, sino gente impostora. Por otro lado, en nada perjudica al alma que el cuerpo se cubra con vestiduras profanas y more en lugar no santificado, coma, beba, no peregrine, ni ore, ni haga las obras que los hipócritas mencionados ejecutan.

5. Ni en el cielo ni en la tierra existe para el alma otra cosa en que vivir y ser buena, libre y cristiana que el Santo Evangelio, la Palabra de Dios predicada por Cristo [...] Una vez que ésta posea la Palabra de Dios, nada más precisará; en ella encontrará suficiente alimento, alegría, paz, luz, arte, justicia, verdad, sabiduría, libertad, y toda suerte de bienes en superabundancia [...].

10. [...] Vemos así que al cristiano le basta con su fe, sin que precise obra alguna para ser justo, de donde se deduce que si no ha menester de obra alguna, queda ciertamente desligado de todo mandamiento o ley, y si está desligado de todo esto será, por consiguiente, libre. *En esta consiste la Libertad cristiana:*

Capítulo VII La ética de la Iglesia cristiana

en la fe única que no nos convierte en ociosos o malhechores, sino antes bien en hombres que no necesitan obra alguna para obtener la justificación y salvación [...].

15. Cristo en posesión de la primogenitura y toda la gloria y dignidad que a la misma pertenecen, hace participar de ella a todos los cristianos, a fin de que por la fe también ellos sean reyes y sacerdotes con Cristo. Así dice San Pedro [1 Pe. 2.9]: “Vosotros sois reino sacerdotal y sacerdocio real”. Esto sucede porque la fe eleva al cristiano por encima de todas las cosas, de manera que se convierte en el soberano espiritual de las mismas, sin que ninguna pueda malograr su salvación [...] Claro está que esta no significa que ya dominemos corporal o materialmente todas las cosas, poseyéndolas y haciendo uso de ellas, como hombres que somos; no es esto posible, dado que todos tenemos que perecer corporalmente, y nadie puede escaparse de la muerte. Además, existen cosas a las cuales estamos sometidos, como lo vemos en Cristo mismo y en sus santos. Se trata de una soberanía espiritual, ejercitada dentro de los límites de la supeditación corporal. Es decir, mi alma puede perfeccionarse en todas y a pesar de todas las cosas, de manera que aun la muerte y el padecimiento me están supeditados y me servirán para mi salvación. ¡Qué elevado y estupendo honor! ¡Qué soberanía tan real y omnipotente! Es este un reino espiritual, donde nada hay tan bueno o tan malo que no tenga que beneficiarme, si tengo la fe, sin que nada necesite, porque con mi fe me basta. ¡He aquí cuán hermosos son el señorío y la libertad de los cristianos!

19. [...] Pasemos ahora a la otra parte, a la referente al hombre externo [...] e igualmente por eso cabe aplicar lo que antes se dijo: el cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos. Con otras palabras: dado que es libre, nada necesita hacer: dado que es siervo, ha de hacer muchas y diversas cosas [...].

20. Aun cuando el hombre esté ya interiormente, por lo que a su alma respecta, bastante justificado por la fe y en posesión de todo cuanto precisa, aunque su fe y suficiencia tendrán que seguir creciendo hasta la otra vida, sigue, sin embargo, en el mundo y ha de gobernar su propio cuerpo y de convivir con sus semejantes. Y aquí comienzan las obras [...] Pues el hombre interior va al unísono con Dios, se goza y se alegra por Cristo, que tanto ha hecho por él, y su mayor y único placer es, a su vez, servir a Dios con un amor desinteresado y voluntario. Empero en su carne late una voluntad rebelde, una voluntad inclinada a servir al mundo y a buscar lo que más la deleita [...].

La Locura de la Cruz - La Teología de Martín Lutero

21. [...] Por consiguiente, el hombre, a causa de su propio cuerpo, no puede andar ocioso, antes al contrario, habrá de realizar muchas buenas obras para supeditarlo. No obstante, no son las obras el medio apropiado para aparecer como bueno y justo delante de Dios, sino que se ejecutarán con puro y libre amor, desinteresadamente, sólo para complacer a Dios [...].

23. Estas dos sentencias son, por ende, ciertas. Primera: “Las obras buenas y justas jamás hacen al hombre bueno y justo, sino que el hombre bueno y justo realiza obras buenas y justas”. Segunda: “Las malas obras nunca hacen al hombre malo, sino que el hombre malo ejecuta malas obras”. Se desprende de esto que la persona habrá de ser ya buena y justa antes de realizar buenas obras, o sea, que dichas obras emanan de la persona justa y buena, como dice Cristo [Mt. 7.18]: “El árbol malo no lleva buenos frutos; el árbol bueno no da frutos malos”. Ahora bien, está claro que ni los frutos llevan al árbol ni se producen los árboles en los frutos, sino que por el contrario los árboles llevan los frutos y los frutos crecen en los árboles. Luego, así como los árboles preceden a los frutos y estos no hacen al árbol malo o bueno, sino que son los árboles los que dan frutos buenos o malos, de igual modo la persona será justa o mala antes de ejecutar obras buenas o malas [...].

26. Baste con lo expuesto acerca de las obras en general y de aquellas que el cristiano realizará para dominar su propio cuerpo. Trataremos ahora de las obras que el hombre habrá de practicar entre sus semejantes, porque el hombre vive no sólo en su cuerpo y para él, sino también con los demás hombres. Esta es la razón por la cual el hombre no puede prescindir de las obras en el trato con sus semejantes; antes bien, ha de hablar y tratarse con ellos, aunque dichas obras en nada contribuyen a su propia justificación y salvación. Luego, al realizar tales obras su intención será libre y él tendrá sus miras puestas sólo en servir y ser útil a los demás, sin pensar en otra cosa que en las necesidades de aquellos a cuyo servicio desea ponerse [...].

27. Así también el cristiano, como Cristo, su cabeza, debe sentirse pleno y harto con su fe, mirando de acrecentarla [...] diciéndose: [...] lo haré libre, alegre y gratuitamente, y seré con mi prójimo un cristiano a la manera que Cristo lo ha sido conmigo, no emprendiendo nada excepto aquello que yo vea que mi prójimo necesite o le sea provechoso y salvador [...].

30. Se deduce de todo lo dicho que el cristiano no vive en sí mismo, sino en Cristo y el prójimo; en Cristo por la fe, en el

Capítulo VII La ética de la Iglesia cristiana

prójimo por el amor. Por la fe sale el cristiano de sí mismo y va a Dios; de Dios desciende el cristiano al prójimo por el amor. Pero siempre permanece en Dios y en el amor divino [...] He aquí la libertad verdadera, espiritual y cristiana que libra al corazón de todo pecado, mandamiento y ley; la libertad que supera a toda otra como los cielos superan la tierra. ¡Quiera Dios hacernos comprender esa libertad y que la conservemos! Amén.

Amor y mandamientos

3) Catecismo Menor (1529)

– Los diez mandamientos

(Obras V, 17-20/WA 30/I, 280-290)

Cómo un jefe de familia debe enseñarlos en forma muy sencilla a los de su casa.

El primer mandamiento

No tendrás dioses ajenos

¿Qué quiere decir esto?

Respuesta:

Más que a todas las cosas debemos temer y amar a Dios y confiar en él.

El segundo mandamiento

No usarás el nombre de tu Dios en vano

¿Qué quiere decir esto?

Respuesta:

Debemos temer y amar a Dios de modo que no usemos su nombre para maldecir, jurar, hechizar, mentir o engañar, sino que lo invoquemos en todas las necesidades, lo adoremos, alabemos y le demos gracias.

El tercer mandamiento

Santificarás el día de reposo

¿Qué quiere decir esto?

Debemos temer y amar a Dios de modo que no desprecie-
mos la predicación y su Palabra, sino que la consideremos santa,
la oigamos y aprendamos con gusto.

El cuarto mandamiento

Honrarás a tu padre y a tu madre